

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 9, capítulo CXLIV

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 9, capítulo CXLIV

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CXLIV

**Bazaine elige nueva esposa en México.
Otros sucesos del mundo imperial**

Marzo y abril de 1865

CAPÍTULO CXLIV

BAZAINE ELIGE NUEVA ESPOSA EN MÉXICO; OTROS SUCESOS DEL MUNDO IMPERIAL

Marzo y abril de 1865

José Hidalgo, ministro de Maximiliano ante la corte de Napoleón III, se considera con la obligación de poner una nota al ministro de Estado del imperio, a mediados de marzo, para destacar el hecho de que la guerra en México es impopular en Francia. La noticia de que había sido derrotada una fuerza francesa cerca de Mazatlán, en que perecieron algunos oficiales y soldados de la marina, causó gran impacto en la opinión pública, pese a que se divulgó esta información falseándola, afirmando que la derrota había sido motivada por "la defección de los 200 mexicanos que acompañaban a los franceses". El lector recordará que esto no es exacto.

Con bastante objetividad, Hidalgo hace notar que la cuestión religiosa y la prolongación de la lucha armada, han causado gran desconcierto en Francia; desde su origen, la expedición a México no fue vista con simpatía, pero la opinión pública ya se había resignado a que se le informaran sobre triunfos y, cuando esto no ocurre, causa bastante deterioro en el prestigio del gobierno. Hidalgo apunta incluso que, entre personas que ven con simpatía al imperio, temen una complicación con los Estados Unidos en el momento que termine la guerra civil en esta nación. Concluye su carta comentando la toma de Oaxaca, como una noticia de alivio.

Inmediatamente entrevista al ministro de Relaciones, Drouyn de Lhuys, quien se muestra muy satisfecho de esta noticia.

Tan pronto empezó a actuar Maximiliano, se dio cuenta que la división territorial del país no era razonable y, pensando que la creación del imperio daba la oportunidad de hacer tabla rasa con delimitaciones anteriores, encargó al ingeniero Manuel Orozco y Berra el estudio y preparación de una división del imperio en departamentos. Poco se ha

divulgado de los antecedentes de esta misión confiada a Orozco y Berra, uno de los más capaces mexicanos en cuestiones cartográficas y, en general, de ciencias de la tierra, durante la segunda mitad del siglo pasado.

El lector podrá encontrar la orden expedida en 1864 por Maximiliano a Orozco y Berra por conducto del ministro de Fomento,¹ para que preparara la división administrativa del imperio, tomando en cuenta las condiciones físicas y la producción de los mismos.²

Una vez que terminó el trabajo, lo presentó al monarca quien lo aprobó sin ninguna modificación, expidiendo, el 3 de marzo de 1865, una ley sobre la división del imperio en cincuenta departamentos.

Este trabajo se hizo con gran seriedad científica por lo que hace a las condiciones físicas y económicas, pero en completo olvido de los aspectos históricos y humanos. Se preparó, con toda anticipación, una carta geográfica sobre la que se hizo el estudio y al expedirse la ley, simultáneamente se publicó la carta, que es un documento de gran valor por ser muy escaso.

Con el título de *Carta general del imperio mexicano*, fue impresa en la imprenta litográfica de N. Iriarte y C. A., en el año de 1865. Tiene 154 cm. por 132 cm. Está impresa a varios colores con escala gráfica en leguas mexicanas, millas inglesas, kilómetros y grados de meridiano. Contiene en la parte superior dos vistas panorámicas: una de la cuenca de México y otra de la hacienda de Matlala, en el Valle de Izúcar (Puebla). Aparecen también numerosos planos esquemáticos correspondientes a puntos principales del

¹ Al ministro de Fomento:

Comisione al subsecretario de Fomento a don Manuel Orozco y Berra para que en ocho meses, contados desde esta fecha, forme un proyecto de división territorial y política del imperio, dándole al efecto las bases más convenientes.

Para este trabajo se darán a Orozco \$ 200.00 mensuales y se pagarán dos escribientes, no excediendo la suma de los dos sueldos de \$ 100.00 al mes.

Dado en el palacio de México a 21 de julio de 1864.

Maximiliano

² Se localizó en el AEA, Archivo mexicano del emperador Maximiliano, expediente 184, foja 239, Transcripción de Rosa López Portillo de Franco.

país; figuran dos planos de caminos y una gráfica comparativa de las principales "alturas de la República", además de un cuadro que comprende los antiguos y nuevos departamentos; su extensión, población absoluta y relativa, posición geográfica de sus capitales, etc. En la carta figura el territorio del imperio dividido en cincuenta departamentos.

Es curioso el lapsus cometido no sólo por el autor, sino por el impresor, cuando en una carta oficial del imperio se usa la palabra República. Un sicoanalista podría decir que era un complejo sumergido que afloraba.

Es digno de señalarse, como detalle curioso, el que Orozco y Berra, una vez restaurada la República, en la que siguió desarrollando su fructífera labor científica, preparó en 1871 una interesantísima obra titulada *Materiales para una cartografía mexicana*. Al hacer la descripción de todas las cartas anteriores a esa fecha, omite la carta preparada por él, como carta oficial del imperio.

La división mencionada no llegó a tener efectos prácticos, pues al aplicarse se encontraron dificultades y luego vino el derrumbe del imperio.

Es conveniente hacer notar que, estudiándola con cuidado y comparándola con otras contemporáneas, como la carta de zonas geográfico-económicas, para la aplicación de los salarios mínimos, se encontrará que hay bastante parecido porque corresponde a las regiones físico-económicas del país, lo que señala un acucioso estudio en su determinación.

Encontraremos en este capítulo varias piezas del intercambio epistolar entre Carlota y Eugenia y ahora destacaremos la carta de finales de marzo en que Carlota le comunica a la emperatriz Eugenia, que ha aparecido en el *Diario Oficial* la ley sobre la división del imperio en cincuenta departamentos y que le envía copia del *Diario Oficial* correspondiente.

Sigue haciendo bromas sobre los dignatarios de la Iglesia católica y sobre la excesiva religiosidad de la temporada de cuaresma en México. La mayor parte de la carta la dedica a informar a la emperatriz francesa sobre el proyectado matrimonio del mariscal Bazaine con la joven mexicana, de 17 años de edad, Josefa Peña. Hace grandes elogios de ella y al final señala

que el mariscal le ha pedido que haga saber a los monarcas franceses esta información.

Pocos días después vuelve a escribir Carlota a Eugenia y ahora la carta es muy amable, pues agradece determinados servicios proporcionados por el gobierno francés, atendiendo peticiones de Maximiliano y le dice a la emperatriz que el imperio mexicano es una enredadera y que Francia es el tronco en que se apoya.

Ahora es una carta de Eugenia la que comentaremos: refiriéndose a la toma de Oaxaca, considera que es un pequeño triunfo y respecto a las guerrillas, cree que no hay que darles demasiada importancia, porque si se deseara ocupar todos los puntos de este vasto imperio, sería necesario disponer de 200,000 hombres.

Se trasluce que Eugenia está enterada de las pugnas con el mariscal Bazaine, por lo que no pierde oportunidad de recomendarle "no es solamente un buen militar, sino un espíritu práctico que, estoy segura, nos prestará grandes y leales servicios". Inmediatamente que Carlota recibe la carta anterior, la comenta y ahora la discusión se lleva a un terreno militar. Carlota, con mucha modestia, dice: "si yo fuera estratega, me permitiría poner en duda esta aserción, pues deben existir reglas que aseguren militarmente a los estados". Habla Carlota de que, buscando puntos estratégicos, se coloquen contingentes importantes en cada uno de ellos. Hace ironías sobre cómo se forma un guerrillero, a quien lo considera hombre sin bandera y sin principios, únicamente atraído por el afán de robar y tener mando.

Sigue haciendo sensatas reflexiones que muestran no sólo el claro talento de la princesa belga, sino que seguramente había comentado estas cuestiones con algunos capaces militares profesionales.

En relación con el problema religioso, señala que no es culpa de los emperadores que no se haya logrado la sanción de la Iglesia "sino que hemos tenido la desgracia de tratar con un Papa del que no se obtiene nada"; de esta suerte "la cuestión religiosa se resolvería con la mayor tranquilidad".

Napoleón en sus ratos de ocio escribió una *Vida de Julio César* y, a principio del año de 1865, comenzó a circular, por lo que queriendo hacer

una lisonja al emperador francés, Carlota le dice a Eugenia: "tenemos la esperanza de no ser olvidados en la repartición de esta obra notable".

Pero no todos los diálogos son suaves, corteses y elegantes, a veces es necesario, en política, usar un lenguaje rudo, sobre todo cuando le habla un superior a un inferior. Esta es la consecuencia a qué se llega al leer la carta enviada por Napoleón a Maximiliano a mediados de abril, en que en forma autoritaria le llama la atención sobre diversas cuestiones. En primer lugar, sobre la necesidad de ser cuidadoso en el manejo del dinero para no agotar los fondos del reciente empréstito obtenido, que considera será el último que se podrá lograr por el momento. También aborda el problema de los bienes del clero y, por último, quizás sorprendido, espantado, del tono autoritario empleado, dedica un párrafo para tratar de disculparse y lo hace afirmando que "la prosperidad de México está demasiado ligada a la de Francia para no preocuparme vivamente".

Termina este capítulo con un interesante documento que recomendamos al lector lo lea con cuidadosa atención.

Francisco de Arrangoiz y Berzábal, desde Londres, presenta su renuncia y hace una incisiva crítica al imperio de Maximiliano, afirmando que los tropiezos y dificultades que ha encontrado, se deben a no seguir la corriente conservadora que auspició su erección al trono. Este documento es una prueba más de la alta calidad de algunos de los personajes sinceros del mundo imperial que, con toda tranquilidad, exponían su fortuna, su posición y aún su vida, en aras de su ideal. Por eso tuvieron que chocar, al cabo de algún tiempo, con Maximiliano, que no correspondió a la concepción que ellos se habían hecho, resultado de la actitud completamente atrasada de los conservadores mexicanos. No se daban cuenta de que ya el mundo había progresado y que aún los monarcas tenían ideas modernas y liberales.

La renuncia, respetuosa, atenta, pero enérgica es fundada en razones. Cuidadosa su redacción; no cae en el insulto, pero dice amargas verdades que debieron haber dolido mucho en el ánimo de Maximiliano.

Maximiliano, desde Orizaba, escribe a Napoleón y le manifiesta su preocupación por la falta de reconocimiento de su gobierno por las potencias extranjeras.

Carlota, a su vez, trasmite a Eugenia erradas opiniones sobre la situación política de México, lo que pone de manifiesto su falso conocimiento de los problemas del país.

Eugenia, a fines de abril, informa a Carlota de los efectos que produjeron las exposiciones de Corta y del general Douay sobre México ante el senado francés. Relata, también, la entrevista que tuvo con el nuncio apostólico y señala que éste está firmemente convencido que los decretos emitidos por Maximiliano, habían dado origen a que la Iglesia en México fuera expoliada.

DOCUMENTOS

Marzo y abril de 1865

LA GUERRA DE MÉXICO ES IMPOPULAR EN FRANCIA,
OPINA HIDALGO

París, marzo 14 de 1865

Excelentísimo señor ministro de Estado
(México)

Excmo. señor:

Voy a tener la honra de informar a vuestra excelencia del estado en que se hallan nuestros asuntos, cuya gravedad no es posible desconocer.

En mis despachos anteriores he dado cuenta de la honda impresión y de la desconfianza que ha producido aquí y en el resto de Europa, la cuestión religiosa, la rebelión de algunos jefes y la prolongación de la lucha armada. Desgraciadamente, el correo anterior trajo la noticia del descalabro de una fuerza francesa en Mazatlán, en que perecieron algunos oficiales y soldados de marina francesa y otros cayeron prisioneros; desgracia que se atribuye en gran parte a la defección de los 200 mexicanos que acompañaban a los franceses.

El público se había acostumbrado a recibir por cada correo noticias plausibles, ya respecto a la pacificación del país, ya por el entusiasmo espontáneo de las poblaciones y ya, en fin, por las medidas adoptadas por el emperador que eran aplaudidas en ambos hemisferios. La opinión pública se había fortificado de un modo tan lisonjero, que ya no podía presentarme en parte alguna sin recibir las felicidades más cordiales y los votos más generosos por él porvenir del imperio; pero las noticias que he citado, señaladamente la última, no sólo han producido el desaliento, sino que ha habido momentos en que no me ha quedado duda del disgusto con que volvía a verse a la Francia empeñada en una empresa, cuyo término se ve

lejano, en los momentos mismos que había renacido la satisfacción y la confianza.

La prensa de la oposición, confundida por la elocuencia de los hechos, había observado un silencio significativo durante muchos meses, limitándose a insertar, con un laconismo que revelaba su despecho, las buenas noticias que recibíamos por cada correo; pero ahora ha variado la táctica y empieza ya a volver a su hostilidad apoyándose en los hechos recientes.

Por supuesto que la prensa de oposición liberal aprueba la política del emperador Maximiliano y, como no puede ya decir que la bandera de la Francia nos ha impuesto el imperio ni que a su sombra se sigue una política reaccionaria, hace la oposición pidiendo la vuelta del ejército y apareciendo como que teme una complicación con los Estados Unidos el día que hagan la paz.

No debo ocultar que este último argumento se me presenta aquí, día por día, por multitud de personas que no me cabe duda nos son favorables, pero que temen también ver a la Francia empeñada en una guerra gigantesca y altamente impopular aquí, más aún porque no se tiene fe alguna en la alianza de la Inglaterra.

[...]

En Francia, en donde el punto de honor lo domina todo y que está gobernada por un hombre cuyo constante triunfo es tener siempre razón, no es posible abandonar una empresa ni hacer una *reculade honteuse*,³ porque esto trae en el momento el desprestigio y el ridículo, que en esta tierra mata.

La cuestión de México ha sido personalmente para el emperador un venero de disgustos y de zozobras mayores, a mi juicio, que todos los que ha podido tener desde que es poder; pero su voluntad de hierro se ha sobrepuesto a la impopularidad que ha pesado sobre nuestra gloriosa empresa. Los sucesos nos dieron al fin razón, pero ellos se han desviado un momento de su curso natural y, si este pueblo impresionable pasa

³ Retroceso vergonzoso.

súbitamente de la confianza al temor, no creo por esto que el emperador, aunque siente hondamente el desaliento y la crítica del público, deje inacabada la obra por tropiezos que, aunque lamentables, son menores que los que ha dominado.

[...]

Aquí suspendí este despacho porque supe que por los Estados Unidos se había recibido la noticia de la toma de Oaxaca y fui a ver a Mr. Drouyn de Lhuys. Esta noticia ha venido a destruir los rumores que corrían, parecidos a los que circularon cuando el sitio de Puebla, pues se hablaba de rechazo de las tropas aliadas y de estar herido el mariscal Bazaine.

De mi conversación con Mr. Drouyn de Lhuys he recibido la mejor impresión con respecto a nuestros asuntos.

Dios guarde, etc.

José Hidalgo

BAZAINE ELIGE NUEVA ESPOSA EN MÉXICO

Chapultepec, marzo 28 de 1865

A vuestra majestad la emperatriz Eugenia

Señora y muy querida hermana:

Envío a V. M. el *Diario Oficial* que reproduce la ley sobre la división del imperio en 50 departamentos y un pequeño artículo sobre nuestro viaje a Toluca del último otoño. Mañana llega el correo inglés y sin duda nos traerá noticias de V. M.

Monseñor Munguía se prepara a embarcarse; está por perder la vista, lo que no impide que sus otros sentidos continúen muy activos.

Tenemos sermones de cuaresma dos veces por semana y nuestra pequeña corte ya comienza a tomar el aspecto de una antigua. Existe una nueva hornada de chambelanes y he distribuido a mis damas de honor los monogramas que llegaron de París. El último domingo los altos cargos de la corte y la casa civil y militar prestaron juramento después que el predicador pronunció algunas bellas palabras sobre la fidelidad al emperador, equivalente al patriotismo. Fue muy emocionante sobre todo cuando agregó: "si hay un malvado entre nosotros, que se retire". Todos parecían penetrados de la grandeza del acto ¡Dios le haga conservar su devoción a su nuevo soberano!

También el mismo domingo nos paseamos a pie, en medio del pueblo, por la Viga, a lo largo del canal surcado por canoas construidas por los indígenas que, coronados de amapolas, bailaban el jarabe. En cuanto estos hombres reconocieron al emperador, gritaron frenéticamente ¡Viva nuestro emperador! y, por cierto, no era ficticio ni preparado. La población se demostró muy conmovida por este paseo; nosotros seguimos el camino

de los peatones mientras todos los grandes señores y los carruajes se amontonaban en el del centro, pues el emperador dijo que al pueblo le interesaba verlo a él y no a las carrozas doradas. Subimos a la nuestra sólo para regresar. ¡Qué de extraños contrastes entre este continente y Europa! He aquí un país *sui generis* donde se transita entre la muchedumbre sin policía de ninguna clase. Por cierto que las pasiones son menos profundas, sólo afloran en la superficie.

El mariscal acaba de comunicarnos oficiosamente, bajo el sello del más absoluto secreto, su casamiento del que antes que a nadie quiere hablar a su augusto soberano y me pide llene el oficio de intermediaria para la aprobación de la alianza que va a contraer.

A menudo os he hablado de la joven; también os he dicho que estaba persuadida, contra la opinión de la mayoría, que este matrimonio se realizaría, pues conozco demasiado el carácter del mariscal para haber pensado lo contrario.

Ahora me pide que os agregue detalles sobre su futura y la familia, que puedan interesar a V. M. No hace mucho le pregunté si se le podía felicitar y como se hacía el impenetrable le aseguré toda la parte que tomaría en este acontecimiento si se verificaba; después de esta conversación seguramente pensó que yo defendería bien sus intereses ante V. M.

Josefa Peña tiene 17 años, infinita gracia y simplicidad, una linda figura, hermosos cabellos negros y un tipo español sumamente expresivo. Es hija única, su madre es viuda, pertenece a una familia según dicen muy buena; ha sido perfectamente educada, habla francés a la perfección y lo que dice mucho en su favor es que sabiéndose el objeto de las atenciones de un mariscal y, en consecuencia, de todo el ejército francés, no ha perdido ni por un momento su aire natural y no parece percibirse de que es el centro de la admiración de todos, ni del brillante porvenir que se abre ante ella; se muestra encantada cuando su futuro está a su lado, cosa que a él le encanta aún más; es una inclinación muy pronunciada puesto que ha servido para que el mariscal vuelva a bailar y confiesa que no se pierde ni una habanera. Esta joven, una vez casada, con su juventud, su posición y los vestidos de París, causará sensación.

Si el mariscal no se me hubiese adelantado, yo me hubiera esforzado por seguir los pasos de V. M. para el duque de Malakof, pero, afortunadamente lo ha hecho él lo que me facilita la tarea.

Ruego a V. M. crea siempre en la sincera amistad con que soy la buena y afecta hermana de V. M.⁴

Carlota

⁴ Original en francés.

FRANCIA ES EL TRONCO EN QUE SE APOYA
LA ENREDADERA QUE ES EL IMPERIO

México, marzo 29 de 1866

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora y muy querida hermana:

El correo inglés ha llegado y parte dentro de una hora; quiero escribir rápidamente a V. M. para agradecerle sus dos buenas y queridas cartas que me han producido un bien infinito.

Cualesquiera sean las dificultades que debamos atravesar es dulce sentir las compartidas y animados por corazones como el de V. M.

Vos y el emperador podéis estar persuadidos que no fallaremos en nuestra empresa. Según mi opinión, las crisis, grandes o pequeñas, son como las enfermedades para los individuos; existen algunas que es necesario sufrirlas para estar verdaderamente sano y México, después de cada efervescencia momentánea, hace progresos notables en todo sentido.

Sólo había una cosa que seriamente me hubiera molestado, permítame V. M. decirlo y era si en Francia se hubiesen mostrado demasiado optimistas, pues nosotros somos como la enredadera, nos transformaremos en árbol pero, por el momento, todavía nos hace falta el tronco sobre qué apoyarnos.

Agradezco a V. M. que haya acogido bien mis observaciones sobre B. (Boyer); yo hablé para descargar mi conciencia.

Espero que el cuerpo legislativo no haya molestado a VV. MM. Me parece que Mr. Thiers ha escrito bastante para tener necesidad de hablar tanto; no comprendo cómo, habiendo ocupado suficientemente al mundo con su persona, a su edad no se retire de la escena.

Acabo de enviar al mariscal la carta del emperador y de entregar la otra al emperador, mi esposo, pues Hidalgo las puso en mi sobre.

Agradezco una vez más a V. M. su bondad y creed en los sentimientos que profesan nuestros corazones. Reitero aquí la renovada expresión de la profunda amistad con que soy la muy devota hermana de V. M.⁵

Carlota

⁵ Original en francés.

EUGENIA PIENSA QUE NO HAY QUE DARLE DEMASIADA
IMPORTANCIA A LAS GUERRILLAS MEXICANAS

Tullerías, abril 1º de 1865

A V. M. la emperatriz Carlota

Señora y muy querida hermana:

La carta que he recibido de V. M. me parece más optimista que la anterior.

La toma de Oaxaca ha sido un golpe pequeño, pero mientras escribo esto no dejo de considerar la pesada tarea de VV. MM. y las dificultades que deben enfrentar. Por el último correo dije a V. M. que por el momento se había detenido el regreso de las tropas; espero que hayáis visto en esa medida una prueba de la importancia que el emperador da a ese fantasma de ejército que les queda a los disidentes. V. M. ha podido constatar que las tropas eran suficientes; en efecto, si se tratase de ocupar todos los puntos de ese vasto imperio, no sería una decisión como la tomada lo que haría falta, sino 200,000 hombres.

Hay que tomar un partido sobre las guerrillas y no darles más importancia que la que tienen; el asunto importante consiste en inspirar confianza en Europa a fin de atraer capitales. Cada vez que se ejecute una medida decretada y que se vean frente a un hecho consumado, la resistencia será menor; digo esto a V. M. porque conozco a esta raza que, en el fondo, no es otra que la raza española. Después de la guerra civil tuvimos guerrillas durante más de 10 años y fueron desapareciendo poco a poco sólo después de haber creado la gendarmería y construido los ferrocarriles.

El Gral. Douay nos ha interesado mucho; pronto volverá a México; creo que le resultará agradable a V. M. oír la conversación que mantuvo con el emperador. No puedo dejar de recomendar bastante a W. MM. al

mariscal Bazaine; no es solamente un buen militar sino un espíritu práctico que, estoy segura, nos prestará grandes y leales servicios. El Gral. Brincourt también es muy buen soldado pero creo que hay que dejar a quien tiene la responsabilidad, la elección de servirse de sus hombres en el lugar que los crea de mayor utilidad. Pero V. M. puede hablarle al mariscal, que seguramente tendrá razones para darle que son imposibles apreciar desde aquí.

Agradezco a V. M. la distinción que el rey de Bélgica ha acordado al mariscal. Debo despedirme de V. M. agradeciéndole también las fotografías que me envió y que me han interesado mucho.

Ruego a V. M. me recuerde al emperador y crea en los sentimientos con que soy la muy devota hermana de V. M.⁶

Eugenia

⁶ Original en francés.

CARLOTA HACE IRÓNICOS COMENTARIOS
SOBRE EL PAPA

México, abril 14 de 1865

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora y muy querida hermana:

Cuando reflexiono en todo lo que ya he dicho a V. M. me parece que debe encontrar excesiva mi franqueza, pero, por otro lado, los lazos tan estrechos que nos unen y la posición excepcional que ocupamos nosotros frente a vosotros me animan a expresar todo mi pensamiento pues, reservándolo, temería faltar a VV. MM. para quienes un conocimiento imperfecto de los hechos podría tener consecuencias más graves que para nosotros.

Lo que más me anima es ver que los sentimientos del emperador y de V. M. están de acuerdo con los míos, a juzgar por los dos pasajes que acabo de leer con gran placer en la *Independencia* y que incluyo aquí para que V. M. comprenda la alusión que hago.

Jamás he dudado que cuando se está a la cabeza del primero de los imperios y de la más grande de las naciones, no se deja una empresa sin terminar y todo hombre de genio que esté sentado en el trono de Francia será siempre el soberano absoluto, aunque existan cuatro asambleas en lugar de una.

Es tan inherente al carácter nacional que ya la historia nos enseña que cuando Francia no tiene ese soberano absoluto, no obedece a nadie. Los gobiernos que han hecho pequeña política son los únicos que han caído, testimonio el de julio. Napoleón I, con la multitud de expediciones realizadas, hubiese muerto en el trono si a las últimas las hubiese coronado el éxito. Estamos bien lejos de atacar al imperio ruso y sus nieves; se trata

de crear un imperio en México lo que tiene una importancia inmensa en el mundo pero que, relativamente hablando, no ofrece ni la mitad de las dificultades que podrían suponerse.

A menudo he reflexionado en los sarcasmos que ha debido soportar Almonte; en las violentas indirectas que le lanzaban por haber arrastrado a Francia a México, asegurando que era empresa fácil. Y ¡bien! Almonte que es un buen hombre muy honesto, no es una inteligencia privilegiada, pero veía más lejos que otros; la empresa era posible pero utilizando otros medios, aun ahora, desde el punto de vista militar. No fueron siempre los mejores los que se eligieron y como consecuencia lógica se obtuvieron resultados que no figuraban en el programa.

V. M. me observaba, en su última carta llegada en el barco inglés, que era difícil ocupar íntegramente un país tan extendido. Si yo fuese estratega me permitiría poner en duda esta aserción, pues deben existir reglas que aseguren militarmente a los estados.

En Italia existen puntos estratégicos muy conocidos que se encuentran adosados a diferentes cursos de ríos; puntos claves como los desfiladeros de los Alpes que desde tiempo inmemorial se disputaron los reyes de Francia y la casa de Saboya, hasta que la habilidad de la política francesa le permitió adueñarse de ellos.

Aquí no tenemos ríos, sino valles y cadenas de montañas; supongo que por medio de un detallado mapa —existen varios— se podría idear un plan estratégico de ocupación y, según él, saber qué tropas se necesitan para cubrir las líneas. De otro modo estamos expuestos a toda clase de acontecimientos; se deben marchar centenares de leguas y me extraña que no tengamos con mayor frecuencia hechos como el desgraciado de Mazatlán que produjo tan desfavorable efecto en Europa. Se necesitan la bravura indomable del ejército francés y la buena estrella que acompaña a su gloriosa bandera para preservarla de desastres a los cuales a veces sólo se escapa por un pequeño margen. En la Estanzuela, la suerte quiso que cuando apareció de repente el ejército de Juárez tuviese el encuentro con el 2º de zuavos y los cazadores a pie; estoy segura que otro destacamento, por valiente que fuese, habría sido deshecho pues fue casi un milagro y desde el de los 300 espartacos, no se había visto combate igual. Conversé con el

comandante Japy, el vencedor más modesto que jamás conocí y con varios oficiales que estuvieron allí y me aseguran que la única salvación era la victoria. Fue un hecho casi increíble en los anales de la guerra.

Una de las razones que favorece un plan de ocupación bien estudiado que comprenda todo el territorio, consiste en la forma en que se organizan las guerrillas, fisonomía de la guerra de este país. Un hombre sale de una ciudad con un caballo y un fusil, decidido a enriquecerse por cualquier medio excepto el trabajo; posee suficiente audacia y expondrá hasta su vida si es necesario; en todo caso le da lo mismo ser fusilado pues está aburrido y tiene sed de aventuras, de dinero y de emociones. Encuentra otros cinco o diez de la misma calaña. Tenemos una considerable población flotante que posee las condiciones requeridas. En la primera hacienda se apropian de los animales, lo que constituye el bautismo del oficio: sé armaron guerrilleros. De inmediato los periódicos informan que la banda de fulano de tal, ronda por los alrededores de... Después la cuadrilla⁷ comienza a asaltar diligencias; se apodera de uno o dos individuos ricos para exigir un rescate⁸ y se va por las sierras rumbo a otro distrito, hasta que encuentra otra banda con la cual se fusiona, a veces una tercera y así según las circunstancias de uno o de seis hombres se llega a una cifra de dos o tres mil.

Cuando la banda ya es bien importante se establece en un cuartel general, con mucha frecuencia en Zitácuaro que lamentablemente el ejército francés evacuó varias veces lo que motivó en cada ocasión la entrada instantánea de las bandas, sin contar los rescates exigidos y las multas infligidas por las tropas francesas cada vez que entraban de nuevo.

V. M. disculpará esta grave disertación, pero a veces pienso que sería necesario dividir al ejército en cuerpos de ocupación, para tener guarniciones en los puntos claves uniéndose en caso necesario y en cuerpos encargados de expedicionar sin cesar y en todas partes, independientes de todo lo demás. En parte esto se hace pero creo que no con bastante continuidad ni en gran escala. Se parte del principio de que las bandas son fruslerías y que hace falta dejarlas reunirse para derrotarlas en una vez. Este

⁷ En español en el original.

⁸ En español en el original.

axioma no me parece justo, pues siempre causa mal efecto en Europa saber que existen bandas tan fuertes y, además, daña y desmoraliza a los distritos infestados durante más tiempo que el necesario con poca gloria y, en suma, por el éxito, pues, después de todo, no son más que bandas.

Me parece que lo que habría que hacer es destruir a las cuadrillas desde el momento en que se constituyen y perseguirlas con la espada en los riñones pues cuando se las pone en fuga se refuerzan y vuelven. Creo que, desplegando una gran actividad y una gran energía, sin preocuparse de ideas militares europeas, sólo con la de terminar con el bandidaje, se obtendrían serios resultados con poca inversión. Es verdad que no habría que detenerse un instante y perseguir este objetivo con una perseverancia de hierro. Aquel que teniendo en sus manos tan hermoso ejército, quisiera utilizarlo a conciencia, pacificaría a México en menos tiempo que la más grande capacidad militar despreocupada de ello.

Si cualquiera que sea el resultado de las negociaciones con Roma, el partido cangrejo⁹ —así llaman a los conservadores— queda persuadido que no es nuestra culpa si no se logra la sanción de la Iglesia sino que hemos tenido la desgracia de tratar con un Papa del que no se obtiene nada, la cuestión religiosa se resolvería con la mayor tranquilidad. Pero temo que nadie se represente la situación en que se ha colocado el santo padre y que, en caso que rehúse, todavía tendremos dificultades pues todas las llagas no se han cicatrizado; Juárez todavía vive como gobernante y se acaba de reelegir presidente por *secula seculorum*.

En esta hipótesis, es la monstruosa unión, no sin precedentes, la que sería de temer; por otra parte ya es menos peligrosa que este invierno pues fue la primera efervescencia la que pudo tener proporciones enojosas. Ya le he dicho a V. M. que aquí la cuestión está zanjada y hasta olvidada; sólo recrudecería si el Papa desearía absolutamente crearnos alguna dificultad para poder bendecir a su devoto hijo Juárez en el sillón presidencial que, por cierto, no le devolvería tampoco los bienes nacionalizados.

A propósito de Roma, a V. M. le gustará saber que el nuncio hará mañana la gran misa. Será la primera vez que volvamos a verlo. El

⁹ En español en el original. Así se les nombraba a los conservadores.

arzobispo vino el jueves santo a pie desde su palacio, pues está prohibido el uso de los carruajes; vio al emperador y le agradeció su gran cruz. Le dije que en el día del aniversario del imperio, a cuya creación tanto había contribuido, no habíamos querido dejarlo de ver. Según mi opinión era la única fecha en que, evocando antiguos recuerdos, pudimos ofrecerle algo, pues cualquier condecoración acordada otro día hubiese significado una gran distinción.

Ayer, viernes santo, visitamos dos hospitales en la ciudad. En un momento la plaza desbordó de gente que saludaba con los más simpáticos rostros. Nada de aclamaciones pues aquí sólo se acostumbra hacer a los poderes nuevos, pero expresaban una gran alegría de vernos. El emperador llevaba levita y yo un vestido de seda negra y mantilla. Después entramos a la catedral y nos arrodillamos delante del sepulcro. Regresamos a palacio en medio de una muchedumbre compacta y satisfecha.

En una de sus íntimas cartas, V. M. expresaba su temor de que el licenciamiento del ejército mexicano aumentase las guerrillas. Me permito recordarle que, el único peligro interior, lo constituye precisamente este ejército. Si hubiésemos reflexionado antes habríamos economizado mucho dinero. Es completamente imposible mantener un ejército formado por los mismos elementos que han hecho todas las revoluciones.

Quizás con el tiempo puedan organizarse regimientos de indígenas con oficiales extranjeros. Las tropas actuales no son la excepción de lo que subsiste, de peor calidad y si fuesen a engrosar las filas de las bandas siempre sería mucho menos grave que los pronunciamientos de gentes que están a su sueldo, lo que tendría la apariencia de un golpe de estado político.

Acabo de leer con interés el informe de Mr. Drouyn (de Lhuys) sobre instrucción primaria y lo haré traducir para que lo lea nuestro ministro de Instrucción Pública.

V. M. no dudará de nuestro gran deseo de conocer la *Vida de César*.¹⁰ Tenemos la esperanza de no ser olvidados en la repartición de esta obra notable

¹⁰Biografía preparada personalmente por Napoleón III.

Que V. M. tenga siempre la seguridad de los sentimientos de sincero
afecto y estimación con que soy la muy devota hermana y amiga de V. M.¹¹
Carlota

¹¹ Original en francés.

NAPOLÉON EN FORMA AUTORITARIA
LLAMA LA ATENCIÓN A MAXIMILIANO

Tullerías, abril 16 de 1865

A V. M. el emperador Maximiliano

Señor, hermano mío:

Deseo que V. M. me permita hacerle hoy algunas observaciones que no dejan de tener gravedad. Espero que vea en los consejos que me permitiré darle, el interés que tengo en su éxito y en la afirmación de su poder.

Comenzaré por repetir a V. M. que la cuestión financiera es la primordial y la que debe merecer toda su atención. El nuevo empréstito acaba de ser concluido en París y V. M. va a tener, contando con los 10 millones de la banca, 110 millones a su disposición. Pero esta suma debe ser administrada con la mayor economía, pues hasta dentro de mucho tiempo no se podrá lograr otro empréstito para México. Deben desarrollarse los recursos del país y manejarlos con cuidado. En la actualidad, las principales fuentes de ganancia de México están en sus aduanas y acabo de enterarme con gran consternación que la dirección de las aduanas que había logrado regularizarlas, se ha cambiado. Si los agentes franceses no tienen posibilidad de ejercer un severo control sobre las ramas de las ganancias públicas, se robará al tesoro igual que en el pasado.

Por el contrario, habría que aplicar en el pacífico el sistema que Mr. Rolland estuvo autorizado a introducir en el golfo de México. En esta forma V. M. habría obtenido un gran acrecentamiento en sus recursos. Conociendo las buenas intenciones de V. M., confiando en su juicio, no puedo comprender por qué fatalidad las medidas más esenciales siempre son aplazadas o combatidas. México debe su independencia y régimen

actual a Francia y parece que una misteriosa influencia impide sin cesar a los empleados franceses consagrarse al bienestar del país; incluso hasta nuestras justas demandas no son tomadas en consideración. La comisión que está encargada de examinar las reclamaciones de indemnización de nuestros compatriotas trabaja con una desesperante lentitud y una mala voluntad con la que no han tropezado los ingleses.

Por fin, debo llamar la atención de V. M. sobre los bienes del clero. Las medidas tomadas retardan indefinidamente una solución que reclaman los intereses; mientras se espera, las propiedades están bloqueadas; hasta el término del artículo 18 no puede ejercerse ningún derecho mientras no se haya constatado en debida forma que las operaciones que proceden de este derecho, han sido divididas. Cuanto más delicado es un asunto más toca los intereses morales y materiales y más necesidad tiene de una rápida solución.

El ministro de Finanzas me previene que Mr. Bonnefond no aceptó ser ministro de V. M. Creo que tiene perfecta razón. Concededle vuestra confianza, llamadlo a vuestros consejos, dejándole toda su independencia y os será mucho más útil.

El interés que demuestro a V. M. me ha hecho temer desagradarle expresándole todo mi pensamiento, pero los asuntos tratados son demasiado graves para no ser profundizados y la prosperidad de México está demasiado ligada a la de Francia para no preocuparme vivamente.

El Gral. Lorencez me ha rogado pida su condecoración a V. M. Dice que se siente humillado de ver a los generales que han servido bajo su mando, lucir esta distinción y verse privado de ella. Es verdad que el general estuvo mal en Puebla, pero mantuvo con firmeza durante varios meses al ejército en Orizaba. Creo que es justo concederle ese favor.

Ruego a V. M. me recuerde a la emperatriz y crea en los sentimientos de alta estimación y sincera amistad, con que soy el buen hermano de V. M.¹²

Napoleón

¹² Original en francés

ARRANGOIZ RENUNCIA Y MESURADAMENTE CRITICA
A MAXIMILIANO POR HABERSE APARTADO DE LA CORRIENTE
CONSERVADORA

Londres, 13 de abril de 1865

S. M. el emperador Maximiliano

Señor:

Cuando V. M. se dignó hacerme saber, por conducto del Sr. Hidalgo, que deseaba que me encargara de las legaciones de V. M. en Bruselas y Londres, aunque fuera por sólo un año, acepté con esa condición el nombramiento de ministro Plenipotenciario cerca de aquellas cortes. Más tarde me acreditó V. M. cerca de la de La Haya también.

Cumplido ese año el 10 del presente mes, habría yo quedado en plena libertad para separarme del servicio, dando por pretexto para la renuncia, que he enviado al señor ministro de Negocios Extranjeros, el haber cumplido mi compromiso. Pero, obrando de este modo, faltando a la verdad, no habría cumplido con mi deber; así es, que en carta confidencial expuse al señor ministro de Negocios Extranjeros la causa principal de mi renuncia para que la pusiera en el alto conocimiento de V. M. He dicho la principal, porque otras veces había tenido la intención de renunciar; cuando llegó a mi conocimiento el discurso de V. M. del 16 de septiembre; cuando, leí su carta al ministro de Justicia contra su santidad y el día en que llegó a mis manos la protesta de V. M. contra la renuncia que hizo en Miramar a sus derechos eventuales al trono de Austria, cuya protesta leí a Lord Russell y a Mr. Rogier, como V. M. me mandó. Las tres veces tuve la debilidad de ceder a instancias de personas respetables, para que no renunciara.

Si me dirijo a V. M., es porque me considero colocado en una situación muy diferente de la de un empleado que renuncia sencillamente una comisión del gobierno, vista la parte activa que he tomado para llevar a V. M. al trono de México; mucho más activa desde mayo de 1863 en que V. M. me dispensó la honra de llamarme a su palacio de Miramar para encargarme varios trabajos sobre México, enviarme con varias importantes comisiones, algunas de ellas sumamente delicadas, a Bruselas, Londres, París y Biarritz y llevarme en su compañía a Londres y Viena.

En todo ese tiempo tuve la honra de oír manifestar a V. M. ideas sumamente conservadoras y la intención de gobernar con ellas si era llamado al trono de México, persuadido de que, según lo que decíamos los mexicanos que habíamos tenido la alta honra de tratar con V. M. sobre las cosas públicas de México y las manifestaciones de aquellas poblaciones, eran los principios conservadores los de la gran mayoría.

V. M. ha podido verlo por sí mismo: el recibimiento espontáneo, el entusiasmo, que rayó en delirio, de todas las poblaciones, manifestó a V. M. que no le habíamos engañado los que asegurábamos a V. M. el recibimiento que se le haría; pero tal vez recuerda V. M. lo que dije en Miramar con respecto al pueblo mexicano; "que si aunque apático de suyo, particularmente los indios tan indiferentes a las revoluciones, se notaba un cambio tan grande en sus hábitos, una decisión tan manifiesta por la monarquía, era porque para él, monarquía y restablecimiento del catolicismo, con su clero regular y secular, eran sinónimos; que de otro modo vería impasible el cambio radical que se estaba verificando en el país, cambio que hubiera sido imposible sin tener por base el principio católico".

V. M. oyó manifestar constantemente sentimientos de paz y unión a los mexicanos que estuvieron en Miramar —conservadores todos— y muy dignos representantes de las opiniones de su partido, los que habían salido de México después del decreto de la asamblea de notables. No querían vengarse de los juaristas y sí el olvido de lo pasado; no querían excluir de los negocios públicos a los republicanos que por sus antecedentes personales merecieran la confianza de los conservadores y quisieran tomar parte de buena fe en la administración; pero jamás pudieron imaginarse, señor, que V. M. alejara de su lado a los conservadores que le llevaron al

trono de ese gran imperio; que el ministerio nombrado por V. M. se compusiera exclusivamente de republicanos, con la sola excepción del Sr. Velázquez de León, alejado hoy del país y que formara parte de ese ministerio, alguno que se negó a asistir a la asamblea de notables.

Debo manifestar a V. M., con la lealtad de un hombre que desea la consolidación del trono, porque en ella cree ver el bien de su país, que ni los principios republicanos, de imposible aplicación en una monarquía, han de salvar a México, como lo ha demostrado la tristísima experiencia de 40 años, aunque tuvo época de honradísimos presidentes y Cámaras conservadoras que fueron arrolladas por los republicanos rojos; ni tampoco ha de lograrse la consolidación del trono con algunos de los decretos y las disposiciones de V. M., porque están en oposición con los principios conservadores, que son los únicos que pueden salvar al país.

Con algunas excepciones por ambas partes, señor, los partidos en México puede decirse que son dos hoy: el de los hombres de 1810, que son los ultra republicanos y los de 1821 que son los monárquicos, con algunos republicanos que se titulan moderados y que a ellos mismos les sería muy difícil definir lo que son y lo que quieren, no estando ni por la monarquía ni por la república democrática, como si fuera posible la república sin democracia.

El primer decreto de V. M. fue para mandar que se trabajara los domingos y días de fiesta en las oficinas del gobierno, medida en consonancia con las ideas de los republicanos rojos, pero en abierta oposición con los preceptos de la religión católica y de los de todas las religiones; pues, si bien se permite vender en los minerales los domingos por una necesidad absoluta, no se puede hacer sin licencia de la autoridad eclesiástica. Este decreto aumentó la sorpresa que había causado ya, el ver la figura de una piña sobre la corona imperial, en el lugar que debiera ocupar el signo de nuestra redención.

El discurso que V. M. pronunció el 16 de septiembre y la supresión de la festividad del 27, del verdadero aniversario de la independencia, ofendió gravemente a los hombres de 1821, a los hijos y los descendientes de los que pertenecieron al ejército que se levantó para sofocar la insurrección de 1810; ejército que, con uno de sus más ilustres jefes al

frente, uno de los que más se distinguieron por su celo contra la insurrección, proclamó la independencia en nombre del señor don Fernando VII, llamándole al trono del imperio. En ese ejército, señor, estuvo la mayoría de los jefes y oficiales que habían ido de España: Echávarri, Negrete, Álvarez, Hidalgo, Luaces, Orbegoso, Ramiro y otros muchos nacidos en la Península. No podía proclamarse la independencia sin la monarquía: ¡tan arraigados estaban los principios monárquicos en el país!

No aconsejaron, por tanto, bien a V. M., los que pusieron en sus augustos labios el discurso de que me ocupo. No fueron los hombres de 1810 los que dieron la independencia al país: erraron en los medios, aunque hubiera entre ellos personas tan ilustres como el Gral. Bravo, cuya heroica y cristiana conducta con los prisioneros realistas cuando supo que habían fusilado a su padre es bien conocida; como los Grales. Terán, Múzquiz, etc.

Cuando se habló en Miramar de fiestas nacionales, se dijo que se establecería una sola: el aniversario de la aceptación del trono por V. M.

No cito otros decretos de V. M. por no hacer demasiado larga esta carta y me ocuparé inmediatamente de los dos que han causado mi renuncia, sin que hayan podido disuadirme las personas que lo han intentado: los de libertad de cultos y bienes de la Iglesia.

La libertad de cultos en México es perjudicial: los mexicanos son católicos observantes la mayoría, católicos indiferentes el menor número, sin que la falta de observancia apague la fe, como se ve cuando les ataca una enfermedad o se encuentran en peligro grave; el primer cuidado entonces es llamar al confesor y raro es el mexicano que no muere en el seno de la Iglesia católica. La fe es muy viva en los pueblos que hablan castellano, señor; tan vivo como ardiente su corazón; no tienen la frialdad de los pueblos de climas fríos.

Ese decreto ha herido profundamente a los mexicanos; nadie lo pedía; era absolutamente innecesario. Dicen los hombres de débiles o de ningunas creencias que aplican a todos los males políticos la libertad de cultos como panacea, que es necesaria para que haya inmigración. Yo les preguntaría si la libertad de cultos en las repúblicas hispanoamericanas en que la hay, les ha llevado esa inmigración; si con la libertad de cultos han terminado sus guerras civiles y consolidándose las instituciones republicanas; si en alguna

de ellas la libertad de cultos no ha sido más que la declaración de una guerra de exterminio al catolicismo y si se han establecido muchos templos protestantes, iglesias griegas o sinagogas israelitas. Los que emigran de Europa, los labradores, particularmente, van a América a buscar paz y seguridad; así es que, a pesar de la guerra civil en los estados confederados, ha continuado la emigración, particularmente de Irlanda a los Estados Unidos, porque en éstos hay paz sin temor de que se perturbe.

El decreto sobre los bienes de la Iglesia, que a ningún partido ha satisfecho, nadie lo esperaba y mucho menos cuando acababa de salir del imperio la comisión enviada a Roma por V. M. Se creía que, deteniéndose V. M. en la vía peligrosa en que había entrado, aguardaría, cuando menos, al resultado de las negociaciones que parecía que iban a entablarse. No hay necesidad alguna, por grande que se quiera figurar por los interesados en el escandaloso despojo de bienes que se ha hecho a la Iglesia, que pudiera disculpar cualquiera medida que se tome sin la previa autorización de la Santa Sede.

Señor, si V. M. quisiera convencerse del sentimiento universal que ha causado ese decreto, no tendría que hacer sino llamar a su presencia a todo cuanto esa capital encierra de personas respetables por nacimiento, educación, moralidad, representación social: preguntar a cada uno su opinión y V. M. oiría decir, aun a muchos republicanos: todo, señor, con la aprobación de su santidad; nada sin ella; sobre todo sabiéndose la buena disposición del venerabilísimo Pío IX, para conceder cuanto es compatible con los derechos y la dignidad de la Iglesia y tan deseoso de complacer a V. M. por el afecto particular que le profesa.

Los promovedores del decreto dicen que lo exigía la necesidad de poner término a la incertidumbre en que se estaba sobre los bienes de la Iglesia y a la paralización total de los negocios, porque casi todos tenían alguna relación con dichos bienes. En contestación a tan débil argumentó, les diré que no lograrán su objeto, que no se facilitarán las transacciones, que no habrá compras ni ventas. No, señor, más paralizadas estarán las operaciones; desde ahora creo no equivocarme diciendo que todos los que poseen querrán vender esos bienes, porque extranjeros aventureros, la mayor parte, procurarán hacer su negocio y dejar al país y los únicos que

podrían comprar son los mexicanos y los capitalistas extranjeros. Los primeros, por indiferentes que sean en las prácticas de la religión, tienen generalmente fe y familias piadosas que usan de su benéfico influjo para evitar que sus jefes compren bienes mal adquiridos; los verdaderos capitalistas extranjeros, no los aventureros, no comprarán, aunque haya muchos protestantes entre ellos, porque ven con mucha claridad lo peligroso de la operación.

Hablaré a V. M. de otras cosas, que, aunque no tienen relación con mi renuncia, la tienen con mi persona como miembro de la familia mexicana y uno de los que han tenido altos empleos en el país.

Por los decretos de V. M. y los, comentarios con que se publican en Francia, se juzgaría que V. M. Había ido a gobernar un pueblo de bárbaros y malvados, cuando no es así. México era en 1821 un país bien constituido, particularmente en el ramo de Hacienda y, después de su independencia, ha tenido épocas de muy buenos gobiernos, de mucho orden, que han sucumbido siempre ante el torbellino revolucionario de los rojos. Las revoluciones, de los últimos años sobre todo, habían viciado todos los ramos de la administración; lo que se necesita hoy es restablecer el orden en ellos, a lo cual contribuirán los decretos de V. M., por los que hasta ahora nada de nuevo se ha creado, aunque se haga aparecer como nuevo en los periódicos franceses todo cuanto V. M. decreta.

En dichos periódicos se habla con frecuencia contra los jueces mexicanos pintándolos a todos como corrompidos, cuando no es así.

La magistratura mexicana se honra con los nombres de Peña y Peña, Gómez Navarrete, Sepúlveda, Figueroa, Quintana, Aguilar, Aguijar y Marocho, Molinos del Campo, Pérez de Lebrija y otros muchos que habrían honrado por su probidad y su saber a la magistratura de los pueblos más grandes de la tierra.

Se había comprendido tan bien la necesidad de poner la administración de justicia al abrigo del influjo revolucionario que, en todas las constituciones federales o centrales y las particulares de los estados, había un artículo consignando la inamovilidad de los miembros de la Suprema Corte de la república y de los miembros de los tribunales superiores de los

estados. Santa Anna y la regencia han sido los primeros que han faltado a la ley y a la costumbre en esta parte.

La injusticia con que se trata a los jueces se extiende a los presidentes y los empleados; lo más sensible es que también se haga en cartas escritas por personas que no deberían hacerlo, atendida su alta posición en el país. Presidentes ha habido, modelos de probidad, como los Sres. Bravo, Bustamante, Barragán, Corro, Gómez Farías, Herrera, Múzquiz, Peña y Peña, Paredes, Ceballos y muchos otros, de los cuales algunos, como militares, derramaron su sangre por la patria, lo que no han hecho por la suya algunos de sus detractores extranjeros.

Se dice en los periódicos y en las cartas que he citado, que no hay mexicanos honrados para las aduanas y otros empleos; que se necesita de superintendentes extranjeros que los vigilen. En los apellidos de Bátiz, Berea, Castillo y Cos, Castillo Iberri, Elguero, Esteva, Gómez de la Peña, Gutiérrez, Garay y Garay, Garay y Tejada, Hierro Maldonado, Ituarte, Landero, Nieto, Velázquez, Zelayeta y otros muchos, encontraría V. M. empleados con toda la probidad y toda la capacidad que V. M. pueda desear y que no necesitan ni tolerarían ser vigilados por extranjeros.

La injuria que se hace a los empleados que viven, se hace a los hijos y descendientes de muchos que no existen y que han dejado nombres sin mancha como don Manuel María Pérez, don Pablo Gómez Valdez, don Luis Hierro Maldonado, don Salvador de Iturbide, hijo del emperador; don Joaquín Lebrija, don Antonio Batres, don Desiderio Herrero, don José María Peón, don Manuel Payno y Bustamante, el ministro de Hacienda don Manuel Blasco, enterrado de limosna; el respetabilísimo Sr. don Javier de Echevarría, ministro de Hacienda, cuyas grandes virtudes y patriotismo habrán llegado a oídos de V. M., si al ver su busto en la academia de bellas artes que tanto debe a aquel ilustre patriota, ha preguntado V. M. por él.

En cuanto al clero, señor, rara es la vez en que se habla de él o escriben las personas a que me he referido antes, que no sea con epítetos de inmoral, falto de caridad, ignorante, etc., cuando la mayor parte, el alto sobre todo, es muy digno de respeto hoy y lo ha sido siempre; a él pertenecen hombres instruidos y morales como los Sres. Espinosa, Labastida, Munguía, Zubiría, Ormaechea; a él pertenecieron los Sres.

Lizana, Fonte, Garza, Vázquez, Gordo, Madrid, Miranda y otros muchos hombres dignísimos.

Muy justo, muy debido es ensalzar a V. M. por la obra que ha emprendido; pero ni es justo ni político que para ello se humille y envilezca a un pueblo que ha dado una prueba bien patente de que no es ni vil ni corrompido, llamando a V. M. a su trono y recibiendo con los brazos abiertos al ejército de un pueblo a quien, con sobrada justicia, estaba acostumbrado a ver como enemigo, sobre todo desde 1837; pero que hoy le llevaba la paz y la religión con la monarquía.

Son los hombres en México lo que en todas partes; pero es sorprendente, señor, que después de tantos años de revolución, de propagación de las ideas más antisociales y antirreligiosas, se conserve todavía tanta moralidad en las altas clases; tanta sumisión, tanto respeto, a los que consideran sus superiores, en la clase del pueblo. Este fenómeno, como algunos le llamarían, consiste en lo profundamente inculcados que están los sanos principios que le ha enseñado ese clero inmoral y falto de caridad.

Como prueba de la barbarie del pueblo mexicano, se citan algunos hechos, bien bárbaros seguramente, cometidos en la guerra civil; pero los mismos que censuran a los mexicanos aprueban o pasan en silencio los cometidos en la guerra civil de los Estados Unidos, más bárbaros que los de los mexicanos. Y ¿se dirá por eso de los Estados Unidos que es, como se dice de los mexicanos, un pueblo bárbaro y desmoralizado? No; la exaltación de las pasiones produce los mismos resultados en todas las naciones.

Grandes vicios tienen los mexicanos, Señor, pero no han desaparecido totalmente las virtudes que llevó a ese suelo con su gloriosa conquista una gran nación.

Debo también manifestar a V. M. que la protesta sobre la renuncia que hizo V. M. en Miramar a sus derechos eventuales al trono de Austria, hace temer que V. M. no piense permanecer en México. Puedo asegurar a V. M. que he leído cartas de personas respetabilísimas, muy afectas al trono, que manifiestan esos temores.

En el desempeño de mis funciones como ministro Plenipotenciario, he tenido ratos muy desagradables, causados porque, ni por el gabinete de

V. M. ni por el ministerio de Negocios Extranjeros, se contesta a mis despachos, ni se resuelven los negocios que se les someten. Todavía no sé hoy oficialmente si V. M. se dignó aprobar mis pasos en el negocio de la correspondencia que llevan los vapores ingleses, ni se me ha contestado a una sola pregunta sobre instrucciones a los cónsules; se nombran cónsules generales y particulares en donde no se necesitan; no se sabe cuáles son las funciones que han de ejercer unos y otros; no se me envían aranceles, ni se contesta a las solicitudes o propuestas que se dirigen a V. M. por particulares. Nunca hubo, señor, mayor desorden y bajo el pie que está al servicio, considero un gasto absolutamente inútil el de la legación en Londres.

Hay también algunas contradicciones en las órdenes de V. M., según el conducto por donde se comunican, como sucedió en el negocio del camino de hierro. El Sr. Eloin, que yo no sabía entonces el papel que representaba en la administración del imperio, me envió una orden, que recibí el 30 de octubre, para que publicara un aviso diciendo que V. M. no aprobaba la cesión del privilegio del ferrocarril hecho a una compañía inglesa; al mismo tiempo, recibí una carta del Sr. Ramírez diciéndome que no convenía publicarlo. Hice lo que debía; di por no recibida la del Sr. Eloin y obedecí a mi jefe.

Después de eso, recibí otra carta del Sr. Eloin encargándome que enviara al gabinete de V. M. los despachos para el señor ministro de Negocios Extranjeros y usaba de la frase, "pues nosotros se los enviaremos". Quedándome en la duda de lo que esa frase quería decir, obsequié la disposición aunque tan inusitada, porque sabía ya que el Sr. Eloin es jefe del gabinete de V. M. y ha sido elevado a la alta honra de consejero de Estado.

Al dirigir esta carta a V. M., creo cumplir con un deber.

Señor, de V. M. I., obediente y leal servidor.

Francisco de Arrangoiz y Berzábal

CARLOTA EMITE ERRADAS OPINIONES SOBRE MÉXICO

México, abril 27 de 1865

A S. M. la emperatriz Eugenia

Señora y muy querida hermana:

Envío a V. M. un telegrama que me ha llegado del norte y que pinta la situación de esos lugares con colores bastante críticos. Quisiera que el Gral. Douay ya estuviese en camino.

El emperador viaja perfectamente por todas partes y con el mayor entusiasmo. Pasó por Tlaxcala y Apan y dentro de poco debe llegar a Orizaba.

Los acontecimientos de Richmond han producido cierta impresión sobre aquellos que, no habiendo establecido el imperio, no les disgustaría volver a instaurar la república con ayuda de Estados Unidos.

Corren rumores que Doblado, que está en Nueva York ha dicho: "Si Almonte pudo llevar la intervención francesa a México, no veo porqué yo no podría hacer lo mismo en Norteamérica".

Aquí están tan habituados a cambiar cada seis meses si no al hombre que gobierna, puesto que se acomodaban a todos los sistemas, al menos la forma de gobierno, que ya reina en la capital cierto cansancio y apatía. Felizmente no es el caso del campo, sino de esta minoría, llamémosla blanca, que se viste con levita negra y que sale de los colegios con el título de licenciado para escribir en los periódicos y citar a tontas y a locas la historia griega y romana, la que siempre ha sido el centro de todas las convulsiones sociales. Por un tiempo pareció agradarles el ascendiente del emperador, pero como las pasiones jamás se detienen, pronto encontrarán que no se marcha por el camino de las utopías que han perdido aquí a todo

el mundo y que parecen ser el círculo fatal que ha arrastrado a todos los gobiernos. Creo que esta especie de malestar y de inquietud que ahora se siente, producirá igual que el invierno pasado, una crisis saludable.

El partido del clero ha caído con sus bienes; está muerto y enterrado; fuera de ciertos lamentos interesados no se ocupan de él más que desde el punto de vista histórico; actualmente está de turno el partido liberal exaltado, esto es, el juarismo, que representa la forma más horrible de demagogia pues no tiene otro fin que la destrucción de la nacionalidad mexicana. Este partido entona su canto del cisne y creo que irradia sus últimos destellos, por eso lucha contra su destino. Pero su adversario, tanto por las victorias militares como por la fuerza de las leyes, implantará el orden y la justicia, deberá descender a su tumba y, entonces, el porvenir pertenecerá a la raza indígena y mestiza, a la clase trabajadora, a la clase media que siempre ha faltado y que será la que podrá constituir una nación a la que la inmigración quiera unirse.

He ahí, según mi opinión, el significado de lo que pasa.

Sólo me falta rogar a V. M. acoja la expresión de los sentimientos de toda estimación y profundo afecto con que soy la buena hermana y amiga de V. M.

Carlota

El telégrafo acaba de anunciar que el presidente Lincoln, su hijo y Mr. Seward han sido asesinados. Creo que esto llevará a McClellan a la presidencia y será posible algún arreglo con el Sur.¹³

¹³ Original en francés.

PREOCUPA A MAXIMILIANO EL RECONOCIMIENTO OFICIAL DE
SU GOBIERNO POR LAS POTENCIAS EXTRANJERAS

Orizaba, abril 30 de 1865

A V. M. el emperador Napoleón III

Señor, hermano mío:

La situación interior del país mejora más y más y en el curso del viaje que hago en estos momentos me siento feliz al encontrar a cada paso las pruebas reales de los progresos realizados. Las poblaciones y, en especial, el bajo clero me reciben con un entusiasmo que me encanta.

Pero los acontecimientos que se desarrollan en la frontera del norte y en Estados Unidos, adquieren tal gravedad que creo que a mi pueblo se le debe dar a conocer oficialmente el apoyo con que cuento de parte de las potencias europeas; sólo bajo esta condición creo poder llevar a buen fin la obra tan hermosa pero tan difícil emprendida a inspiración de V. M.

Encargo a mi consejero Eloin, en quien he depositado mi entera confianza, dé a V. M. todas las informaciones que no tienen lugar en esta carta y espero que volverá pronto después de haber terminado los asuntos financieros para cuya solución le doy plenos poderes y haber obtenido de la benévola intervención de V. M. la alianza de las diversas que me parecen particularmente interesadas en combatir las ideas de invasión que germinan en Estados Unidos.

Aprovecho esta ocasión para reiterar a V. M. la renovada seguridad de los sentimientos de alta estima y profunda amistad con que soy el buen hermano y amigo de V. M.¹⁴

Maximiliano

¹⁴ Original en francés.

EL NUNCIO APOSTÓLICO CREE
QUE LA IGLESIA EN MÉXICO FUE EXPOLIADA

Abril 30 de 1865

A V. M. la emperatriz Carlota

Señora y muy querida hermana:

Sólo puedo escribir unas líneas a V. M., pues el correo nos deja muy poco tiempo. El emperador partió a Argelia; fui a acompañarle hasta Fontainebleau y por la noche recibí las cartas de V. M.

Sin duda Hidalgo os habrá transmitido todas las discusiones del cuerpo legislativo. Mr. Corta produjo excelente efecto; también fue muy útil la llegada del Gral. Douay que coincidió con los debates.

Días pasados vi al nuncio, que puso sobre el tapete la cuestión del clero en México; pasó por alto todas las quejas que V. M. conoce; le respondí que la situación de México era la misma que había encontrado Napoleón en Francia. La revolución había hecho tabla rasa y el concordato había indemnizado, sin por eso echar marcha atrás, cosa tan imposible en México como en Francia y que, en consecuencia, era lógicamente imposible no poder entenderse con el emperador Maximiliano; a esto el nuncio me arguyó que la cuestión no se había planteado así y que por el decreto del emperador era un hecho que la iglesia había sido expoliada. No me resultó difícil probarle que el emperador sólo había mantenido las leyes anteriores; repito esto a V. A. pues parece que es un argumento que le impresionó.

El asesinato de Lincoln ha producido gran efecto en Europa; unos acusan al sud. Sin embargo opino que es más probable que los radicales del norte hayan encontrado demasiado moderado al presidente, pocos días antes

Mr. Bigelow, ministro de Estados Unidos, nos había dado muy buenas seguridades de parte de su gobierno.

Con gran pena estoy obligada a despedirme de V. M. rogándole me recuerde al emperador. Creed en los sentimientos con que soy la muy devota hermana y amiga de V. M.¹⁵

Eugenia

¹⁵ Original en francés.